11329

FRANCISCO CAMPRODON

# UNA VIEJA

ZARZUELA EN UN ACTO

ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

MÚSICA DEL

MAESTRO GAZTAMBIDE

SÉPTIMA EDICIÓN

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1912

# UNA VIEJA

La propiedad del libreto de esta zarzuela, la del de

*El Dominó azul.*
*Los Diamantes de la Corona.*
*Tres para una.*
*Guerra á muerte.*
*El Vizconde.*
*El diablo en el poder.*
*El Lancero.*
*Juan Lanas.*
*El relámpago.*
*Una niña.*
*La Jardinera.*
*Por conquista.*
*Un pleito.*
*Beltrán el avenzurero.*
*Un cocinero.*
*¡Quien manda, manda!*
*El diablo las carga.*
*El zapatero y el banquero.*
*El gran bandido.*
*Del palacio á la taberna.*
*Los dos mellizos.*
*Los suicidas.*
*Marina.*
*Galatea.*
*El pan de la boda.*

y la de los dramas

*Espinas de una flor.*
*Libertinaje y pasión.*
*Flor de un dia.*
*Una ráfaga.*
*Asirse de un cabello.*

pertenece á los señores Doña Emilia y Don José María Camprodón, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

# UNA VIEJA

ZARZUELA EN UN ACTO

arreglada á la escena española por

## FRANCISCO CAMPRODON

MÚSICA DEL

## MAESTRO GAZTAMBIDE

---

Representada por primera vez en el TEATRO DE LA ZARZUELA, en Diciembre de 1860

---

SEPTIMA EDICIÓN

---

MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.º

*Teléfono número 551*

1912

# REPARTO

| PERSONAJES | ACTORES |
|---|---|
| ADELA | Srta. Ramos. |
| CONRADO, oficial | Sr. Sanz. |
| LEÓN, pintor | Cubero. |
| PANCHO, mayordomo | Arderíus. |
| UN CRIADO | N. N. |

La escena pasa en Méjico, en 1826

# ACTO UNICO

Salón con puertas: una en el fondo y dos á cada lado. Un tocador bajo con espejo, fondo izquierda: en primer término piano, izquierda: mesa de libros, album, etc., á la derecha. Ventanas en los ángulos del fondo. Sillas, sillones, etc.

## ESCENA PRIMERA

PANCHO, mirando á las ventanas como si hablara á los criados que se suponen fuera

A ver cómo me dejáis
el jardinito arreglado
y los paseos barridos;
pero limpitos, ¿estamos?
No diga el huésped que somos
muy flojos los mejicanos;
y, sobre todo, nuestra ama
lo ha dispuesto, y yo lo mando.
(Viniendo á la escena.)
Sin este afán que yo tengo
de darle la última mano
á todo lo que me encargan,
sería esta casa un páramo.
Bien puede estar satisfecha
la señora del cuidado
conque me esmero en servirla:
¿qué haría sin mí á sus años?
La pobre es anciana y viuda,
y... (Sale un Criado.)
¿qué es lo que tú traes?

CRIADO Traigo,

608718

que abajo hay un español
que llegó ahora á caballo,
y dice que viene á ver
á ese capitán que trajo
el ama en su compañía.

PANCHO Duerme la siesta: no estamos
para recibir aún.

CRIADO Que trae un viaje muy largo.

PANCHO Que lo traiga, y que se espere;
el capitán está malo
todavía de su herida,
y debemos esmerarnos
en guardarle el miramiento
que la señora ha mandado,
¿sabes?

CRIADO ¿Qué le digo entonces?

PANCHO Lo que te he dicho, zanguango.
(Vase el Criado.)
A no estar yo aquí, ese imbécil
ya le hubiera despertado.
Mas ¡calle! ya viene aquí.

## ESCENA II

DICHO; CONRADO, por la primera puerta de la derecha

PANCHO Buenas tardes: ¿cómo vamos,
capitán?

CONR. Bastante bien;
me siento ya reforzado
y con ánimo de dar
un paseo por el campo.

PANCHO Conque hay buen humor, ¿eh?

CONR. Mucho.

PANCHO Me alegro.

CONR. Gracias: acabo
de leer un periódico,
en que vi que os han cascado
bien las liendres nuestras tropas.

PANCHO ¿A quién?

CONR. A los mejicanos.

PANCHO ¡Calla! ¿y eso os da alegría?

CONR. ¡Pues no ha de dármela! ¿Acaso,
por estar yo prisionero,
te figuras que he dejado
de ser español?

PANCHO — Después
que el ama os ha afianzado
con todos sus bienes para
que vos pudiéseis curaros
aquí, ¿deseáis que venga
el español á zurrarnos?

CONR. — No temas: ¡ojalá venga
y pueda llegar el caso
de poderme desquitar
con tu señora de tantos
obsequios como le debo,
que no sé cómo pagarlos!

PANCHO — Del mal el menos, siquiera...
¡Ah! se me había olvidado
deciros que un español
que llegó, desea hablaros.

CONR. — ¿Y por qué no me lo has dicho?

PANCHO — Como estábais descansando,
tomé á mi cargo el decirle
que esperara.

CONR. — ¡Pero, Pancho,
que no has de hacer cosa alguna,
ni aun pasar un recado,
sin la funesta manía
de tomar siempre á tu cargo
el quererlo enmendar todo!

PANCHO — Yo creí haber acertado.

CONR. — Cuando te pido agua fresca,
te vas y me traes caldo,
por ese afán sempiterno...

PANCHO — Sí, señor, porque es más sano.

CONR. — Anda, vé y dile que pase,
¿entiendes? sin enmendarlo.
(Vase Pancho.)

## ESCENA III

CONRADO

**Música**

Un español que viene
á verme aquí;
el alma se transporta
á mi país.

—

Yo siento aquí un ambiente
de inmensa languidez:
en este paraíso
me falta una mujer;
la busco en vano
en derredor:
la llama á voces
mi corazón.
Está sin alma
todo este edén;
la maga de mis sueños
no vaga ¡ay, Dios! en él.
Auras de España,
venid á dar
á un alma inquieta
la dulce paz;
ponedme cerca
de esa ilusión,
que vaga siempre
en derredor:
de mi querella
llevadle el son,
llevad hasta ella
la voz de mi amor.

## ESCENA IV

DICHOS y LEÓN, que corre á abrazar á Conrado

**Hablado**

CONR. ¡León!
LEÓN ¡Querido Conrado!
CONR. ¿Tú por aquí?
LEÓN Aprieta fuerte.
CONR. ¡Tras tanto tiempo sin verte!
LEÓN No tanto, el año pasado,
en Méjico: en el momento
que estalló la rebelión,
estabas de guarnición
allí con tu regimiento:
más luego perdí tu huella
cuando saliste á campaña.
CONR. ¿Has renegado de España,
León?
LEÓN Eso no; aunque en ella

fué mi trabajo infecundo,
y de la fortuna al cebo,
para encontrar algo nuevo,
dije: voy al Nuevo Mundo.
En el viejo hay tal enjambre
de sabios de atrevimiento,
que el verdadero talento
suele morirse de hambre.
Dicho y hecho; me embarqué
buscando con mis pinceles
dónde sentar mis cuarteles
y en Méjico me instalé;
y hallé un país seductor
que siendo rico de sobras,
representan nuestras obras
y no pagan al autor:
con mucho jefe ambicioso,
poco respeto á la ley,
casados que hacen el buey,
solteros que hacen el oso,
banqueros con egoísmo,
coquetas con travesura,
nuestra España en miniatura,
lo mismo, chico, lo mismo.

CONR. ¿Y has hecho suerte?

LEÓN Así, así,
no me escasea el dinero:
hoy soy pintor extranjero
y valgo más, como allí.

CONR. Recuerdo que á tu pincel
le debo más de un buen rato.

LEÓN ¿Te acuerdas de aquel retrato
que te enamoraste de él?

CONR. ¡Qué tipo tan celestial!
más que terrestre mujer
un ángel debía ser
sin duda el original.
Ante aquella copia, llena
de cariñosa expresión,
me decía el corazón:
anda, sueña, busca y pena.

LEÓN ¿Y á quién hay que retratar
en esta quinta, Conrado?

CONR. ¿Cómo?

LEÓN Vengo contratado
expresamente á pintar.

CONR. ¿A pintar aquí?
LEÓN Sí tal;
vino á mi casa un banquero
diciéndome: caballero,
¿sois vos León Carvajal?
«Servidor.» Pues tengo encargo
de proponeros hacer
un retrato de mujer
á un trecho bastante largo.
«Si pagan bien, allá voy.»
Lo que pidáis os darán.
«Dos mil pesos.» Aquí están.
Cobré, partí y aquí estoy.
CONR. Otro rasgo de bondad
de mi noble bienhechora.
LEÓN ¿Quién es ella?
CONR. Una señora
que tiene bastante edad;
un día de sobremesa
le encarecí tu persona,
y ella es quien me proporciona
esta agradable sorpresa.
Ella mi herida ha curado,
me ha afianzado, y según veo,
no puedo tener deseo
que no vea realizado.
LEÓN Absorto, chico, me dejas:
¿y á qué debes sus cuidados?
CONR. Viniendo con cien soldados
de la provincia de Tejas,
un día al amanecer
topé un convoy enemigo,
me vuelvo á mi tropa y digo:
muchachos, cayó quehacer.
Puse mi escuadrón al trote,
y de buenas á primeras,
les cargamos como fieras
matando gauchos á escote:
y en medio de aquel desmoche
oí una voz muy contrita
de una pobre viejecita,
que desde el fondo de un coche
con el mayor desconsuelo
amparo me demandaba;
parecióme que me hablaba
mi madre que está en el cielo.

Fuí y la dije: no temáis
que nadie os falte al respeto,
que yo escoltaros prometo
hasta donde vos queráis.
Casualmente ella llevaba
nuestra misma dirección,
le dí, pues, conversación,
la servía, la cuidaba,
y fuimos perfectamente
algunos días así,
hasta que al cabo, héte aquí
que me veo de repente
cargar por una legión
de hordas indisciplinadas,
con fuerzas centuplicadas
contra mi corto escuadrón.
En tal apuro, ¿qué hacer?
mi tropa escapar quería,
pero dejar me dolía
á aquella pobre mujer,
que con voz enternecida
me suplicaba doliente;
mandé á mis chicos dar frente
y aceptarles la partida.
Dicho y hecho.

LEÓN ¡Caracoles,
yo que ellos te planto allí!

CONR. No se portan nunca así
los soldados españoles.
Dóciles siempre á mi voz
el coche aquel rodearon,
y en torno de él pelearon
con un ímpetu feroz:
hasta que un tiro certero
en un hombro me alcanzó,
y en el suelo me dejó
sin sentido y prisionero.
Desde entonces ya no sé
lo que pasaría allí,
sé sí, que al volver en mí
en esta quinta me hallé
con mi anciana compañera,
quien con ternura exquisita
ha sido un hada bendita
velando en mi cabecera.

LEÓN Correspondió tu pareja,

y en tu parecer abundo,
lo mejor del Nuevo Mundo
hasta ahora es una vieja.

CONR. Sí, merced á la bondad
con que ella me ha afianzado,
paso tranquilo á su lado
mi alegre cautividad.
Junto á mi lecho sentada,
me ha hecho olvidar mi pena
su conversación amena,
su asistencia delicada,
ó la dulce melodía
que en el clave preludiaba,
cuando mi frente nublaba
la negra melancolía.

LEÓN Bien, hombre, bien, y... sepamos,
á ojo, ¿qué edad le das?

CONR. Setenta años.

LEÓN ¿Nada más?
No es muy niña que digamos,
mas tampoco es una edad
avanzada en demasía;
para un siglo, todavía
le faltan treinta, ¿verdad?

CONR. Siempre el mismo: ya supones...
¡qué salida de pavana!

LEÓN Mira que en la edad temprana
son muy fuertes las pasiones.

CONR. Pues mira, más de una vez
escuchando soñoliento
la vibración de su acento,
que hace olvidar su vejez,
soñé un tipo de mujer
que adoraría de hinojos;
pero así que abro los ojos
no hay más remedio que ver.

LEÓN Me tranquilizo. Su vista
te hará olvidar lo demás.

CONR. Ella viene, tú verás
cómo también te conquista.

## ESCENA V

DICHOS; ADELA, por la primera puerta de la izquierda.

**Música**

CONR. Noble señora,
tengo el honor
de presentaros
á mi amigo León, el pintor.
LEÓN Tengo, señora,
á mucho honor,
ser hoy el huésped
de una dama tan digna cual vos.
ADELA Mi noble casa adquiere
un singular blasón,
al hospedarse en ella
el talento y el valor.
LEÓN } Gracias, señora,
CONR. } por tanto honor.
ADELA Faltará en mis alamedas
al pintor la inspiración,
no hallará á quien dar el bravo
los trofeos del valor.
Solamente hay una anciana
que os dirá con débil voz,
por estos surcos
que el tiempo abrió,
en otras fechas
pasó el amor.
LEÓN } Aunque el cabello
CONR. } encaneció,
tenéis muy joven
el corazón.

—

LEÓN De gracias un tesoro
tiene vuestra alma.
ADELA Las gracias con arrugas,
no tienen gracia.
LEÓN En toda regla
hay su excepción.
ADELA Yo, al menos tengo,
esa opinión.

—

Sólo se ve á las flores
lucir sus galas,
bañadas del rocío
de la mañana:
así que el sol
sus frescas hojas seca,
marchitas son.
¡Ay, Dios,
marchitas son!

CONR. } ¿Porqué la que tan joven
LEÓN } conserva el alma,
ha de perder el brillo
de la mañana?
Es un dolor,
hallar en el ocaso
tan bella flor.
¡Ay, Dios,
tan bella flor!

(Se sienta Adela é invita á los dos á que hagan lo mismo, y lo hacen. La posición será: León, primera figura de la derecha; Conrado, en medio, y Adela á la izquierda.)

**Hablado**

ADELA Yo celebro en el alma,
que un amigo venga á hacer
gratas las horas ingratas
que á mi lado pasaréis.

CONR. ¡Señora!...

ADELA Es peso tan grave
el peso de la vejez,
que suele trenchar el báculo,
si mucho se apoya en él.
Yo os traía, por pensar
que algo puede distraer
las largas noches, mis ocios
de literata: entended
que escribo sin pretensiones,
y que al fin, como mujer,
á la pobre ortografía
le doy un trato cruel.

LEÓN No es extraño: yo, señora,
tuve una novia en Jaén,
que decía que me amaba
con el *coración*, y que
yo no tendría *breguenza*

si quería á otra *muguer;*
en el mes de *Marco,* el año
dieciocho mil dieciséis.

CONR. (Hojeando el cuaderno de Adela.)
¿Qué es ello?

ADELA Episodios raros;
anécdotas que escuché
de la presente campaña,
y que en mi afán de coser
con hilo de mi magín
á mi manera hilvané.
Os ruego no las leáis
hasta no tener que hacer;
cuando el hastío es muy grande
cualquier cosa sienta bien.
Hablemos de vuestro amigo.

CONR. Mi amigo ha venido á hacer
en vuestro retrato alarde
de su mágico pincel.
¡Pinta con una verdad!...

ADELA Lo siento mucho.

CONR. ¿Por qué?

ADELA Porque como yo estoy mal
y sé que él retrata bien,
traerá á mi memoria de hoy
los recuerdos de mi ayer;
y así que en España vean
ese cuadro, por mi fe
exclamarán: «¡Vaya un cuadro!»
y entonces vos, ¿qué diréis?

CONR. Que á través de esas arrugas
el alma entera se os ve,
y que quien os juzgue mal
es que no os ha visto bien.
Compañía al de mi madre
ese retrato ha de hacer:
junto el recuerdo en mi alma
y el retrato en la pared.

ADELA Ante ese recuerdo santo,
gustosa presto á mi vez
mi busto, busto tan raro
como muestra de almacén.
En fin, tiene la ventaja
de que aunque lo llegue á ver
vuestra novia ó vuestras novias,
no os darán celos á fe.

LEÓN Ni el plural ni el singular
habla, señora, con él:
¡si Conrado es lo más raro!..
sólo ha querido una vez.
ADELA ¿Sí?
LEÓN Se enamoró de un cuadro
que yo en Méjico pinté,
de un retrato que me dieron
para sacar copia de él,
perteneciente á una dama
casada con no sé quién,
á la que no vió en su vida
ni yo tampoco. ¿No es
un absurdo amar á un lienzo
que no puede responder,
habiendo por esos mundos
tantas muchachas de bien
que tienen huesos y carne,
cintura, manos y pies?
Señora, no hay hombre cuerdo
que tal absurdo resista.
ADELA Estamos, señor artista,
completamente de acuerdo.
(Dirigiéndose á Conrado.)
Amad siquiera una vez,
y en esa dulce inquietud
emplead la juventud,
que os lo dice la vejez:
emplead vuestro deseo
en esa senda florida,
que la fuerza de la vida
no tiene mejor empleo.
Olvidados del querer,
dejando el amor atrás,
no hallan la dicha jamás
ni el hombre ni la mujer:
y aunque peque de indiscreta,
permitid que en confianza
use de una semejaaza
casi digna de un poeta.
El amor es una flor
que aun cuando en la tierra vive,
tan sólo el alma percibe
el perfume del amor.
Van el hombre y la mujer
empujados del destino,

la encuentran en su camino
y ambos la quieren coger:
si uno de ellos no es sincero,
al tender ambos los brazos,
rompe la flor en pedazos
el que la coge primero.
Pero si son tan felices
que sientan igual amor,
entonces vive la flor,
porque tiene dos raíces:
y las dos, de igual manera,
deben cuidarse á porfía,
que la flor muere en un día
con una raíz que muera.
Pero si vive, es consuelo
de toda alma dolorida,
porque esa flor de la vida
tiene el aroma del cielo:
y al arrugarse la tez
cuando el cuerpo se desploma,
nos templa aún con su aroma
el frío de la vejez.

LEÓN Excelente moraleja
para hacerle entrar en caja.

CONR. (Esta vieja es una alhaja.)

LEÓN (Pero es una alhaja vieja.)

CONR. ¡Nunca se pintó el amor
con pincel más delicado!

ADELA Cuando vos hayáis amado,
sabréis pintarlo mejor.

LEÓN ¡Qué de conquistas no haría
vuestro acento seductor!

ADELA Para ser mi confesor,
sois muy joven todavía.

CONR. Seguid, y León podrá
empezar vuestro retrato...

ADELA No corre prisa: otro rato...

LEÓN Yo estoy pronto.

ADELA Tiempo habrá.
¿No sabéis vos que á mi edad
es manía de los viejos
odiar retratos y espejos
porque dicen la verdad?
El pintor está rendido
del viaje, y más valiera
que vos, un rato siquiera,

le halagarais el oído.
Haced vos el gasto un rato,
y si la pereza es mucha,
figuraos que os escucha
la señora del retrato.
Yo cantaba de afición
en mis tiempos, y pensaba
que quizá una nota daba
medida de un corazón.

CONR. Pero...

LEÓN Te haces de rogar.

CONR. De ningún modo, eso no.

ADELA Pues sois tan amable, yo
procuraré acompañar.
Y á ver si abriríais brecha
fraseando una canción,
que yo escribí de afición
hace ya... callo la fecha.

**Música**

(Adela entrega una canción á Conrado, que éste canta leyéndola)

CONR. Malhayan ¡ay! las brisas
que van á España,
que hacen llorar las niñas
americanas.

—

¡Ay, mamá, qué noche aquella
en que el falso me decía,
niña mía, por lo bella,
tú has de ser la estrella mía!
¡Ay, mamita, qué mudanza
me ha causado un español,
que al llevarse mi esperanza,
me dejó sin luz ni sol!
Mimadme mucho,
por compasión;
yo estoy malita,
yo tengo amor.
¡Por Dios, mamita,
mandad por él,
que si no vuelve
me moriré!

ADELA — Dais á esa frase
poca expresión,
debe decirse
con más calor.

(Adela repite la frase, empezándola con voz de vieja, y pasando á la voz natural con todo el colorido y efecto posible.)

Mimadme mucho, etc.

CONR. y LEÓN — ¡Qué buen estilo,
qué buena voz;
conserva rasgos
de ruiseñor!
En nuestra España
jamás topé
con una vieja
de tal jaez.

LEÓN — ¡Cáspita y qué modo
tiene de cantar;
habrá sido una
notabilidad!

CONR. — ¿No te lo decía
que era celestial?

ADELA — (Con voz de vieja.)
No os burléis señores,
de la ancianidad.

(Los tres repiten el estribillo, pero Adela ya con voz de vieja.)

## ESCENA VI

DICHOS; PANCHO, sobresaltado

**Hablado**

PANCHO — ¡Ay, señora de mi alma,
vengo toíto aplomao!

ADELA — ¿Qué ha sucedido?

PANCHO — Es muy grave,
y yo no puedo enmendarlo.

ADELA — ¿Acabarás de decirlo?

PANCHO — Primero he de empezarlo.

ADELA — ¿Qué hay?

PANCHO — Que el gobernador,
que es un peaso de bárbaro,
ha recibido una orden
para internar en el acto
á tóos los prisioneros

que no sean mejicanos,
¿estamos?

ADELA ¡Dios mío!

CONR. ¿Cómo?

PANCHO Y el caso es que está empeñao
en que esta noche sin falta,
han de salir escoltaos
pa la provincia de Tejas,
¿estamos?

LEÓN ¡Qué alma de cántaro!

ADELA ¡Imposible! Cuando aún
se encuentra el pobre Conrado
con las heridas abiertas...
¡esto fuera un atentado:
yo me opongo!

PANCHO Y yo también
me opuse; pero es el caso
que el señor gobernador,
que es muy duro y muy... ¿estamos?
sólo por *hacernos guaje*
á la señora y á Pancho,
pone pena de la vida
al que no cumpla su bando.

LEÓN (¡Canario!)

ADELA ¡Qué atrocidad!

CONR. ¡Ira del cielo!

LEÓN Conrado,
no hay que apurarse por eso;
voy contigo, ¡qué diablos!
en la provincia de Tejas
no ha de faltarnos tejado.

ADELA No, señor, yo no lo quiero;
eso no se hace entre vándalos

PANCHO Eso es lo que digo yo.

ADELA Venid, venid á mi cuarto
á ver si encontramos un
medio de salir del paso.

PANCHO Eso es lo que digo yo.

LEÓN ¿Pero qué dices? Sepamos.

PANCHO Ahora, nada, porque el otro
dice que va á fusilarnos,
que si no, ya lo diría;
porque soy muy hombre, ¿estamos?

ADELA Me ocurre una buena idea;
venid. (A CONRADO.) Ven tú también, Pancho.
(Vase por la primera puerta de la izquierda.)

## ESCENA VII

LEÓN

¡Qué recurso será ese!
No lo entiendo, ¡vive Dios!
pues yo no le dejo solo,
aunque se vaya á Joló.
Por fortuna, en todas partes
recursos tiene el pintor;
pintaré por el camino
paisajes de luna y sol,
con vaquitas y cabritos,
y una pastorcita ó dos.
Si en un castillo nos zampan,
retrato al gobernador
y á su mujer, y al conserje
y á toda la guarnición;
y si en el castillo hay prójimas,
¡para qué nos hizo Dios!

**Música**

Haré por ponerme triste
para que digan, al verme así:
chinito, ¿te has puesto malo?
y yo, muy serio, diré que sí.
Haré que me canten tangos
de esos melosos de sí señó,
de aquellos que, al escucharlos,
en una cuna mecido voy.
¡Que ya viene el alba,
que ya sale el sol,
ay, chinito, vete,
por amor de Dios!
No me des más dulce,
pues temiendo estoy
que el que ayer me diste
se me indigestó.
Y yo el contraste haré después
con unas siguidillas de Lavapiés.
Para bailar manchegas,
vestido corto,
que el que las mire, gane
el purgatorio.

No tiene miga
si no se ve en las vueltas
hasta la liga.

## ESCENA VIII

DICHO; PANCHO, que, saliendo con un papel en la mano, tropieza con él

### Hablado

PANCHO Su mersé dispense.
LEÓN ¡Bárbaro,
que me has dado un pisotón!
PANCHO Es que soy activo...
LEÓN ¿Y qué?
PANCHO Y que voy de oficio...
LEÓN Y yo,
¿qué tengo que ver con eso,
pedazo de...?
PANCHO Sí, señor;
es que yo ando muy de prisa,
muy de prisa; porque soy
listo, y tengo sobre mí
la casa y la dirección
de la casa, y los asuntos
de la casa; y como yo
soy tan diligente, ¿estamos?
me han dado una comisión...
LEÓN ¿Y para qué?
PANCHO Es un secreto.
¡Ea, quede usted con Dios!
LEÓN Espera, hombre.
PANCHO Voy de prisa.
LEÓN Cuéntame siquiera...
PANCHO ¡No! (Vase por el fondo.)
LEÓN Díme al menos... que si quieres,
es un bagaje mayor.
Pues señor, en nuestras filas
ha penetrado el terror:
¡cómo ha de ser! Preparémonos
á emprender la expedición
para Tejas; ¿que más da
ir á Tejas que al Mògol?

## ESCENA IX

DICHO y CONRADO

CONR. Pero hombre, ¿qué haces ahí?
LEÓN Estaba echando mis cuentas
para el viaje.
CONR. ¿Para el viaje?
LEÓN A la provincia de Tejas.
Mira yo voy á comprar
un jamón y frutas secas
para el camino, ¿eh? De paso
tomaré algunas botellas...
CONR. ¿Para qué?
LEÓN Para beber.
CONR. Si no hay tal viaje.
LEÓN ¿De veras?
ya lo comprendo, habrá sido
una mala inteligencia
de aquel bárbaro. ¿Eh?
CONR. No tal.
La orden que él dijo, es cierta,
pero hay modo de eludirla.
LEÓN ¿Escapándonos?
CONR. Nos fuera
imposible.
LEÓN Pues entonces...
CONR. Un recurso de mi vieja:
es la mujer de más chispa...
LEÓN A ver, á ver, cuenta, cuenta.
CONR. Esa orden que has oído
hace sólo referencia
á los españoles que
son prisioneros de guerra.
LEÓN Pues, y nosotros, ¿qué somos?
CONR. Hombre, por Dios, ten paciencia:
los mejicanos estan
exceptuados de la pena,
y si me hago mejicano
no entro en la ley y me dejan.
LEÓN ¿Irías á renegar
de tu patria y tus banderas
ante el peligro? Conrado,
por Dios, mira que eso fuera...

CONR. ¿Me crees á mí capaz
de semejante bajeza?
LEÓN Pues entonces, no te entiendo.
CONR. Entre las varias maneras
que hay para ser mejicano,
ya sabes que es una de ellas
casarse con mejicana:
¿me entiendes ya?
LEÓN Ni una letra.
CONR. Cuidado si estás hoy torpe.
LEÓN Gracias, sigue.
CONR. Si me dejas,
trataré de hacerlo.
LEÓN Callo.
CONR. Tengo mujer que me quiera
y me caso, y tengo hoy mismo
carta de naturaleza.
LEÓN Mal aconsejado joven,
¿quién te imbuyó esas ideas?
Cuando todo este país
lucha por su independencia,
¿tú vas á dejar la tuya
en manos de una doncella?
Antes que á la Vicaría,
á Tejas, Conrado, á Tejas.
CONR. Vamos, veo que no hay medio
de que te calles la lengua.
LEÓN Ya me conoces, Conrado:
los absurdos me exasperan.
CONR. ¿Me dejas que acabe?
LEÓN Sigue.
CONR. ¿Y qué dirás cuando sepas
que el casamiento es de farsa?
LEÓN ¡Ah!
CONR. ¡Ah! Si no interrumpieras...
LEÓN Vamos, eso ya es distinto.
Pero, ¿y qué mujer se presta
á ser objeto de farsa?
CONR. Mi bienhechora.
LEÓN ¿La vieja?
CONR. La misma, es la mujer
que tiene el alma más bella.
LEÓN El alma sí, pero el cuerpo...
¿Y cómo te las arreglas
para...?
CONR. Muy sencillamente:

há poco ha venido á verla
el escribano del pueblo,
que tiene unas tragaderas...
capaz de dar fe de que él
es hijo de una ballena;
en fin, chico, un escribano
muy tramposo.

LEÓN Cosa nueva.

CONR. Ha extendido la escritura
y sin pasarla siquiera
ni al alcalde ni al registro,
que sabes que en esta tierra
son requisitos precisos
para estar casado en regla,
la hemos dado á Pancho, el cual
la ha llevado á la carrera
al señor gobernador
convidándole á la fiesta.
¿Qué te parece?

LEON Bien, sólo
que, hablándote con franqueza,
eso de casarse, chico,
hasta en chanza me hace mella.

CONR. La Providencia me ayuda.

LEÓN Mira que la Providencia
da á veces unos petardos...

CONR. Si no hay riesgo.

LEÓN Dios lo quiera.
¿Sabes que se necesita
todo el valor de un atleta
para decir *coram populo*
soy marido una vieja?

CONR. Pues yo la quiero lo mismo
que á mi madre si viviera.

LEÓN Eso está corriente, y puedes
querarla como á tu abuela.

CONR. Me voy á ayudarla á hacer
los honores de la fiesta. (Vase.)

## ESCENA X

LEÓN

A estar yo en su posición,
pregunto, ¿me casaría?

No, señor; preferiría
el pan de la emigración.
Francamente, me hace mella
ese esfuerzo sobrehumano,
un joven que al dar la mano
aprieta un siglo con ella.
Es una barbaridad
hasta en chanza, y no lo haría
porque sé que soñaría
por la noche, que es verdad.

## ESCENA XI

DICHO y PANCHO, que llega muy cansado y se sienta

PANCHO ¡Válgame Dios, qué calor,
lo que he sudado y corrido!
LEÓN Bien, Pancho, ya sé que has ido
á casa del gobernador.
PANCHO ¿Conque ya le han enterao
á usté los señores?
LEÓN Sí.
PANCHO Mire usté, si no es por mí,
todo estaba malograo:
pero ya se ve, el que entiende
como yo que lo sé tóo,
hace las cosas de móo
que nadie se las enmiende.
La señora y el señor
me mandaron con premura
que llevara una escritura
al señor gobernador;
y no me han mandado en balde,
porque al salir ví el papel,
y vi que faltaba en el
el registro y el alcalde.
De suerte que el documento
que me dieron, era nulo;
mas yo, que siempre calculo,
¿qué te hago? En un momento,
como Dios me ha hecho tan listo,
corro al consistorio...
LEÓN (Azorado.) ¿Y qué?
PANCHO Nada, que tóo lo dejé
arreglao.
LEÓN ¡Santo Cristo!

PANCHO ¿No conoce usté, señor,
que á no haberlo yo enmendao,
era nulo?
LEÓN ¡Desdichado!
PANCHO Si ya está en regla.
LEÓN Traidor.
¿conque lo has puesto por obra?
PANCHO Lo enmendé y creí acertar.
LEÓN Pues yo te voy á enmendar
la cabeza, que te sobra.
PANCHO ¡Pero hombre, no sea usté fiera!
LEÓN ¡Vas á morir, asesino!
PANCHO ¡Válgame el Cristo divino,
este hombre es una pantera!
(Vase por la segunda puerta de la izquierda.)

## ESCENA XII

LEÓN; luego CONRADO

LEÓN ¡Le he de matar sin demora!
¡Cuando lo sepa Conrado!...
CONR. (Saliendo.)
¡Chico, vengo entusiasmado!
LEÓN (Aparte.)
(¡Cómo se lo digo ahora!)
CONR. Nuestra vieja ha conseguido
ser la reina del salón.
LEÓN (Aparte.)
(No sabe aún la extensión
del abismo en que ha caído.)
CONR. Chico, aun cuando me alborotes,
la miraba con placer.
¿Lo creerás?
LEÓN Sí. Esta mujer
tiene... dotes... tiene dotes.
CONR. Tiene mucha inteligencia.
LEÓN Mucha... y á cierta distancia...
CONR. Y además, mucha elegancia.
LEÓN Y además, mucha experiencia.
CONR. Cuando habla es tan discreta,
y tiene un juicio tan recto...
LEÓN A mí me ha hecho el efecto
de una mujer muy completa:
y por su edad, no está fea.

CONR. En el salón me ha ocurrido,
creer que era su marido.
LEÓN ¿Qué efecto te hizo esa idea?
CONR. Tal vez tú no lo creyeras:
me causaba tanto agrado,
que no me hubiera pesado
ser su marido de veras.
LEÓN ¿Formalmente?
CONR. Te respondo
de que me sería igual.
LEÓN ¡Oh, filósofo inmortal!
abrázame, has dado fondo.
CONR. ¿Qué?
LEÓN Por una necedad
de ese imbécil mayordomo,
te han casado.
CONR. ¿Cómo?
LEÓN ¡Cómo!
casándote de verdad.
CONR. No te entiendo.
LEÓN Pues yo creo
que me doy bien á entender;
digo que tienes mujer
y eres marido, y *laus deo.*
CONR. León, León, despacito,
porque esa broma me hastía.
LEÓN Pues amigo, no hay tu tía,
has caído en el garlito.
CONR. Y me lo dice de un modo...
LEÓN ¡Oye!
CONR. ¡Tendría que ver.
que esa vieja!...
LEÓN Tu mujer
está inocente de todo.
Tú has tenido la humorada
de dar la escritura nula
á ese Pancho, que calcula
en vez de comer cebada.
Y él, que con santa intención
lo enmienda todo de balde,
fué al registro y al alcalde
á que tomaran razón.
CONR. ¿En dónde está? (Irritado.)
LEÓN Ten prudencia.
CONR. ¿Prudencia yo? ¡Vive Dios!
¡Lo menos le parto en dos
por primera providencia!

## ESCENA XIII

DICHOS; ADELA, llorando

ADELA ¡Después de encargarle tanto
que lo guardara! ¡León,
dejadnos! (Vase León respetuosamente.)
CONR. (Aparte.) (¡Buena ocasión,
para venirme con llanto!)
ADELA Conrado, no acierto á fe
á hablar con vos: no sé cómo
deciros que el mayordomo...
CONR. Lo sé, señora, lo sé.
Sé que sin saberlo vos,
se permitió ese manejo;
y pues callo y no me quejo...
ADELA No importa, ¡bien sabe Dios,
que nunca había pensado
que pudiese llegar día
en que la presencia mía
os hiciese desgraciado.
¡Vos no os podéis figurar
cuánta amargura me dió!
CONR. (Aparte.)
(¿Qué apostamos á que yo
la tendré que consolar?)
ADELA Veo que vuestra existencia
se ha nublado de improviso;
la Providencia lo quiso.
CONR. (Aparte.)
(¡Buena está la Providencia!)
ADELA Si por errores ajenos
os he hecho desgraciado,
me permitiréis, Conrado,
que yo lo repare al menos;
porque desde la jornada
en que la vida os debí,
era obligación de mí
pagar deuda tan sagrada.
Mis cuidados, mi ternura,
no os han faltado hasta ahora:
sé que eso es poco...
CONR. Señora,
me pagásteis con usura.

ADELA No, señor; yo ansiaba alguna
digna y honrosa manera
de traspasaros siquiera
la mitad de mi fortuna;
temí que esto os humillara,
porque os conozco.

CONR. Os advierto...

ADELA Mas no quería, por cierto,
que la pagáseis tan cara.
Pero hoy, que un lazo siniestro
nuestro destino ha ligado,
puedo deciros: Conrado,
todo lo que tengo, es vuestro.

CONR. No lo acepto.

ADELA ¿Por qué no?
Nadie me lo impedirá:
vos, no tenéis madre ya,
dejad que lo sea yo.
Con riqueza y juventud
á España podréis volver;
yo no aspiro á merecer
más que vuestra gratitud.
Allí encontraréis honores,
amigos, dichas, placeres,
y aquellas lindas mujeres
que inspiran tantos amores;
yo... me quedaré solita,
gozando, si vos gozáis,
contenta con que escribáis
á la pobre viejecita
vuestros amantes desvelos;
la esposa nada sabrá;
es tan vieja, que no está
ya en edad de tener celos.

CONR. (Aparte.)
(¡A que me va á hacer llorar!)

ADELA Pero si un día en la vida
despierta el alma dormida
la necesidad de amar,
en que alguna niña bella
os absorba en su mirada,
y vuestra alma enamorada
no pueda vivir sin ella,
aquel día desgraciado,
de amoroso frenesí,
cuando os acordéis de mí

no me maldigáis, Conrado;
no hagáis que el dolor taladre
mi alma en su sol postrero,
porque Dios sabe que os quiero
como os quiso vuestra madre.

CONR. No creáis nunca, señora,
que yo os vaya á abandonar;
yo nunca podré olvidar
que fuísteis mi bienhechora.
Y ya que mi buena estrella
me da otra madre; yo que
tan ciego á mi madre amé,
os amaré como á ella.

ADELA Ya veis, yo soy muy anciana;
no he de contar muchos días.

CONR. ¿Vais á decir tonterías?
¡Si estáis como una manzana!

## ESCENA XIV

DICHOS; LEÓN, que se dirige á Conrado, y PANCHO, que se dirige á Adela

LEÓN ¡Chico, está llena la sala
de gente que quiere irse
y desea despedirse!

CONR. (Amostazado.)
Mándales enhoramala.

PANCHO ¿Tiene algo que mandar,
señora?
(Adela le señala que no, y Pancho se marcha.)

CONR. (A León.) ¡Tengo una gana
de echar por una ventana
á ese tuno!

LEÓN Has de pensar
que ha servido á tu mujer,
y has de ser hombre de seso;
ya estás casado...

CONR. Por eso,
por eso lo quiero hacer.
(Adela se habrá dirigido al fondo, al tocador.)

ADELA ¡Lucía, Pachina! á ver,
¿qué es eso? ¿nadie responde?
(Toca la campanilla y entran tres doncellas.)
A desnudarme.

LEÓN (Aparte.) (¡Aquí es donde
Cristo empezó á padecer!)
(Mientras Adela se dirige al tocador, fondo izquierda, León coge á Conrado, llevándolo á la boca de la escena, derecha.)

**Música**

LEÓN En luchas desiguales
ganan los bravos
las cruces laureadas
de San Fernando.
¡Animo, pues,
que un siglo te contempla,
lucha con él!
CONR. No me faltó bravura
nunca en el campo;
mas no hay valor que baste
para este caso.
¡Tiemblo, pardiez,
desde la coronilla
hasta los pies!

**Hablado**

LEÓN Conrado, yo me retiro.
CONR. ¿Te vas?
LEÓN Lo exige el pudor.
Honra á tu patria, y... valor. (Vase.)
CONR. Estoy por pegarle un tiro.
Cuando me ve en la agonía
me encarga el valor; quisiera
que en mi pellejo estuviera
á ver qué valor tendría.
He aquí la amistad: un coro
de farsantes por sistema,
que os deja en la hora suprema
solo en las astas del toro.
ADELA (Bajando.)
Ya deberéis suponer
que no habrá variación:
esa es vuestra habitación,
y esta es la mía.
CONR. ¡Oh, placer!
ADELA No llaméis nunca á deshora,
yo tengo el cuarto cerrado.

CONR. Bueno; no tengáis cuidado,
hasta mañana, señora.
(Tomando la palmatoria para retirarse.)
ADELA ¿No os quedáis hoy á leer
como las noches pasadas?
CONR. Es verdad. (Hay las criadas,
que no deben entender...)
Iba hasta el cuarto vecino
á buscar algo moderno
que leer; pero este cuaderno
me va á ahorrar el camino.
(Coge el cuaderno que Adela ha traído en su primera salida y se sienta junto á la mesa, que estará en primer término derecha, mientras Adela empieza su «toilette» en el tocador del fondo, tapada por sus tres doncellas.)
CONR. (Leyendo.)
«Anécdotas de la guerra.»
Creo que todas están
escritas de vuestra mano.
ADELA (Desde el fondo.)
Solamente por matar
el tiempo.
CONR. Pues en la letra
no se os conoce la edad.
ADELA ¡Gracias!
CONR. «El gaucho celoso.»
Esta la conozco yo.
«Anécdota interesante.»
Veamos. «Al empezar
»esta campaña, casó
»Adela de Monteorgaz
»con un noble mejicano,
»de fortuna colosal;
»ella era niña y él viejo:
»le triplicaba la edad.»
Un enlace como el mío,
poco menos, poco más.
«Fanático el noble anciano
»por la causa nacional,
»dejó sus comodidades
»para ir á pelear
»contra las armas de España.»
(¡Maldito de Barrabás!)
«Su esposa, que le tenía
»un cariño filial,

»y que conocía que era
»toda la felicidad
»de aquel noble viejo, al verle
»ir á cumplir con lealtad
»su deber de mejicano,
»no le quiso abandonar;
»y aunque niña muy mimada,
»sin querer escuchar más
»que la voz de su deber,
»dijo: mi lugar está
»al lado de aquel á quien
»le dí mi fe en el altar.»
He aquí un tipo que me encanta,
ya tengo curiosidad
de irle siguiendo la pista.
«En un encuentro tenaz
»y sangriento, en que después
»de un día de batallar,
»la división mejicana
»vencida y dispersa ya,
»tuvo que ceder el campo,
»vino una bala á alcanzar
»al noble esposo, que á poco
»murió con serenidad
»en los brazos de su esposa
»bendiciéndola, y á más
»nombrándola en testamento
»su heredera universal.»
Bien hecho, lo merecía,
¡pobrecilla!

ADELA (Desde el fondo.) Continuad.

CONR. «La joven, que se vió entonces
»en completa soledad,
»y á cien leguas de su casa,
»teniendo que atravesar
»todo un país ocupado
»á cada paso por las
»fuerzas indisciplinadas
»que en todas las guerras hay,
»conoció que su belleza
»podía serle fatal.»
En eso no se engañaba,
los soldados siempre van
á caza de gangas, y en
este clima...

ADELA (Desde el fondo.) Continuad.

CONR. Continúo. «¿Qué hizo entonces
»la joven para evitar
»los riesgos? Dobló su cuerpo,
»llenó de arrugas su faz,
»se puso peluca blanca,
»y llegó á disimular
»su voz de tal suerte, que era
»una vieja de verdad.»
Ni al demonio se le ocurre
idea más singular
y oportuna. Era la única
que la podía salvar,
porque el soldado español
teme menos á un caimán
que á una vieja.

ADELA ¡Qué decís!

CONR. Nada. (¡Qué barbaridad!
¡A qué hora tan oportuna
me ocurre el filosofar!)

ADELA ¿No continuais?

CONR. Sí, señora.

(Al decir esto, habrá vuelto algo la cara y habrá visto á Adela, que estará de espaldas á él, frente al tocador con la cabeza de vieja aún.)

¡Calla! ¡mi mujer está
más estirada que cuando
se ha empezado á desnudar!
¡Este es un efecto de óptica!
«Empezó, pues, á viajar,
»cruzando leguas y leguas
»con un joven oficial,
»que á pesar de ser muy listo
»no se le ocurrió jamás
»la sospecha más remota.»
Esto sí que no es verdad.
No hay oficial en la tierra
á quien se pueda pegar
un chasco así; digo, á menos
de ser él muy animal.

ADELA ¿Y por qué?

CONR. Toma, porque él
lo había de adivinar.

ADELA Amigo, no todos tienen
vuestro talento especial,
y no obstante, el desenlace
creo que os sorprenderá.

CONR. Lo dudo, porque las fábulas
no me sorprenden jamás.
Son cuentos á los que dan
cierto barniz de interés.

ADELA (Acercándose en elegante y sencillo negligé, y con voz de vieja, aún con la palmatoria en la mano.)
Leedlo despacio, pues:
buenas noches, capitán.

CONR. Buenas noches.
(En este momento de volver la cara Conrado, ella se retira precipitadamente á su cuarto y cierra la puerta. Conrado, como herido de un rayo, suelta el cuaderno y da un violento sacudimiento en la silla, sin saber lo que le pasa.)
¡Qué visión!
(Registra con la vista el cuarto, y dirigiéndose á las doncellas.)
¿En dónde está mi mujer?
(Las doncellas le señalan que es la que acaba de meterse en el cuarto.)
¿Aquella? No puede ser.
¡Dios mío! ¿Es una ilusión,
ó es un delirio insensato
que mis sentidos fascina,
con la cara peregrina
de aquel divino retrato?
Aquellos rasgos que impresos
conservo en mi corazón,
los suyos, los suyos son.
(Empieza á golpear la puerta de Adela.)

## ESCENA XV

DICHOS; LEÓN y PANCHO

LEÓN Hombre, ¿qué golpes son esos?

CONR. (Lleno de efusión.)
Que es mi esposa angelical
la que tu pincel pintó.

LEÓN (Le mira azorado y le pone la mano en la frente.)
(Aparte.)
Ya me lo temía yo,
un ataque cerebral.

CONR. Chico, estoy loco de amor.
Pancho, Pancho, te bendigo.

LEÓN (Aparte.)
¡Y le abraza! ¡Ay, pobre amigo!
(Gritando.)
¡Que llamen á un sangrador!
CONR. ¿Estás loco?
LEÓN Por supuesto.
CONR. ¿Pues á quien quieres sangrar?
LEÓN No temas, hay que evitar...
una congestión.
(En este momento sale Adela de su cuarto con la palmatoria en la mano, que deja sobre una mesa, y al verla León y Pancho quedan estupefactos.)
PANCHO
LEÓN ¿Qué es esto?
ADELA Tengo un marido glacial
que quiere separación,
y aquella es su habitación
y esta es la mía.
LEÓN (A Conrado.) ¡Animal!
CONR. (Cayendo á sus pies.)
No lo repitáis jamás,
señora, por compasión.
Yo os daré mi corazón
y mi alma, ¿qué queréis más?
Donde vos estéis, allí
viviré yo prisionero.
ADELA Conrado, yo sólo quiero
que me queráis siempre así
PANCHO (A León.)
Habéis visto si obré bien:
¿quién tenía razón?
LEÓN Con está transformación,
Pancho, cásame también.

**Música**

ADELA De un nuevo sol
la inmensa claridad
viene mi vida
á iluminar.
Mi porvenir
al lado del que amé,
de aromas puras
es un verjel.
En derredor
aspiro amor,

y el paraíso
se me abre ya.
El alma fiel,
á la voz de él,
á nueva vida
renacerá:
amada soy,
no cabe en mí el placer,
muero de amor.
muero de amor por él.

—

CONR.
LEÓN
PANCHO

Todo es amor,
todo es aquí placer;
el corazón
respira en un edén.

FIN DE LA ZARZUELA

Precio: UNA peseta

50 POR 100 DE AUMENTO